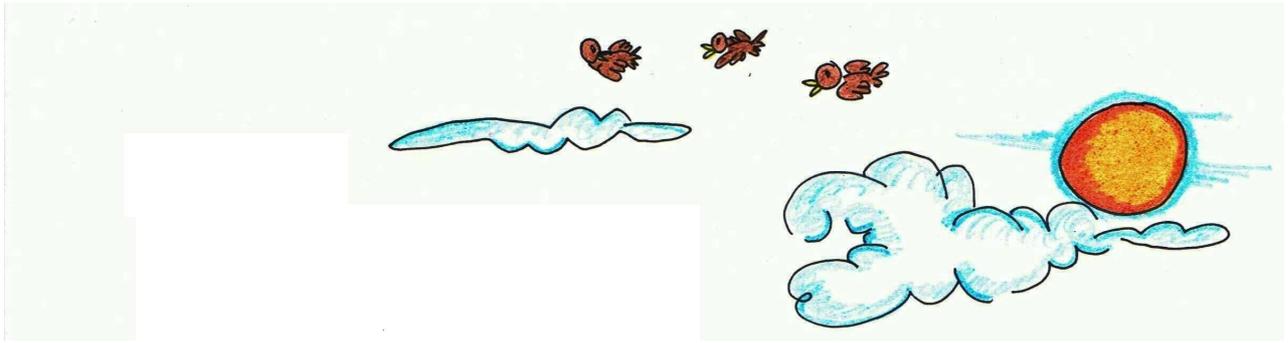


EL CID EN VALENCIA
(RELATO DE UNA PEQUEÑA PARTE DEL *CANTAR DEL CID*)

Narración e ilustración: Elisabeth Gibert Sotelo
Copyright © Elisabeth Gibert 2009



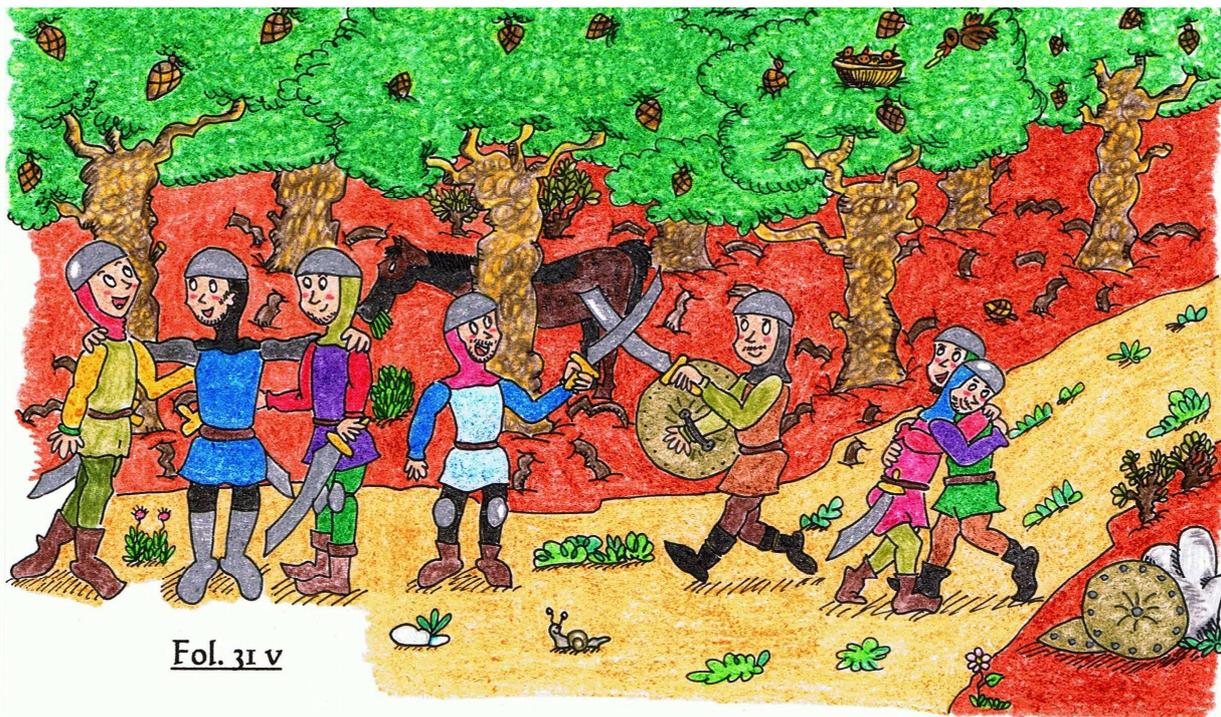
Fol. 31 r

Mío Cid pidió a sus mejores caballeros que fueran a buscar a sus dos hijas y que las acompañaran hasta Valencia.

Los valientes guerreros atravesaron grandes montañas, pasaron Mata de Toranz sin ningún miedo y bajaron hasta el valle de Arbujuelo.

Una vez allí, Minaya Álvaro Fáñez mandó a dos de sus hombres hacia Medinaceli para averiguar qué estaba ocurriendo, y al poco rato regresó uno de los caballeros con noticias nuevas: el Campeador había mandado tropas a buscarles y pronto llegarían Pero Vermúez, Muño Gustioz, Martín Antolinez, el obispo don Jerónimo y el alcaide Abengalbón, que traía tropas para honrar al Cid.



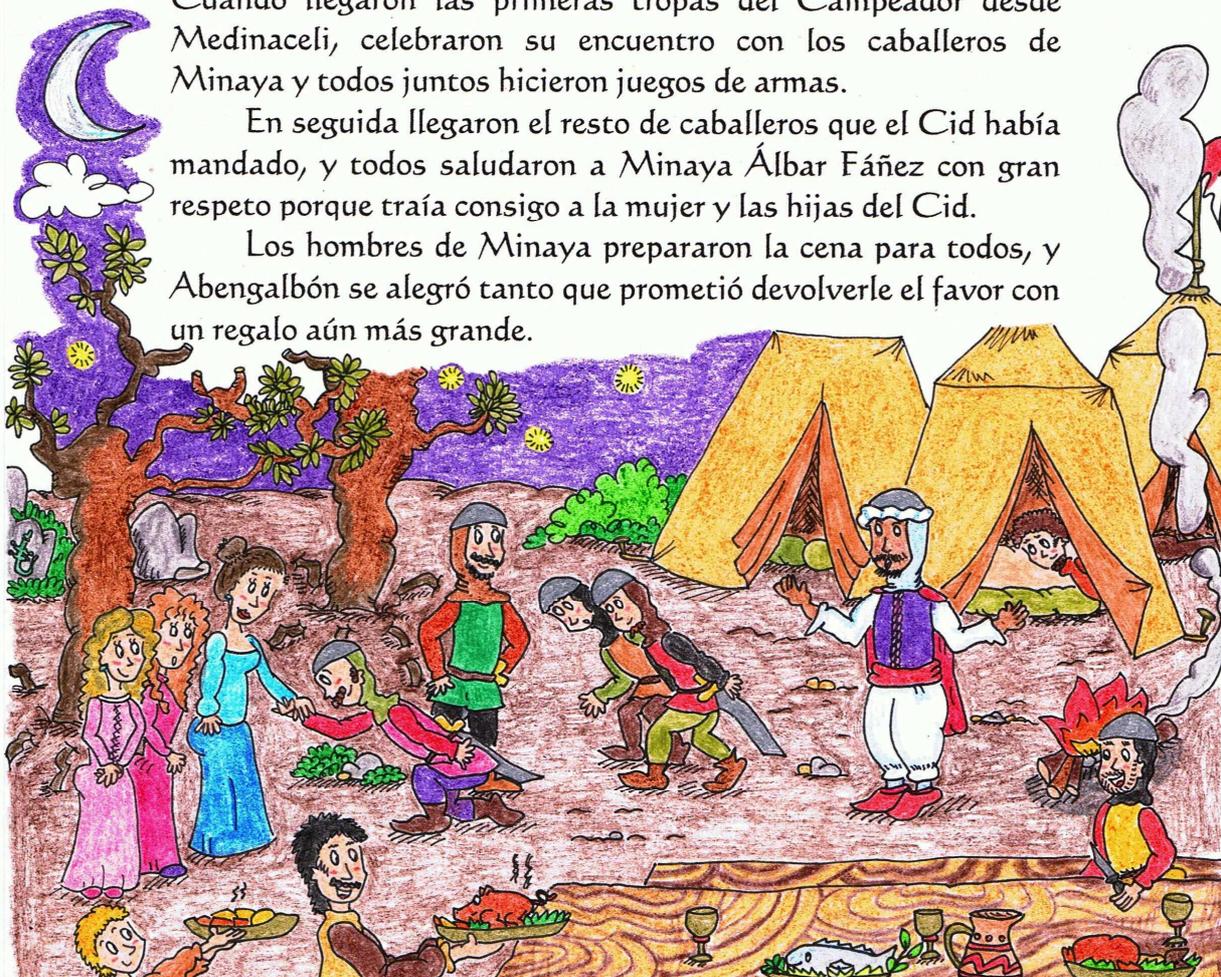


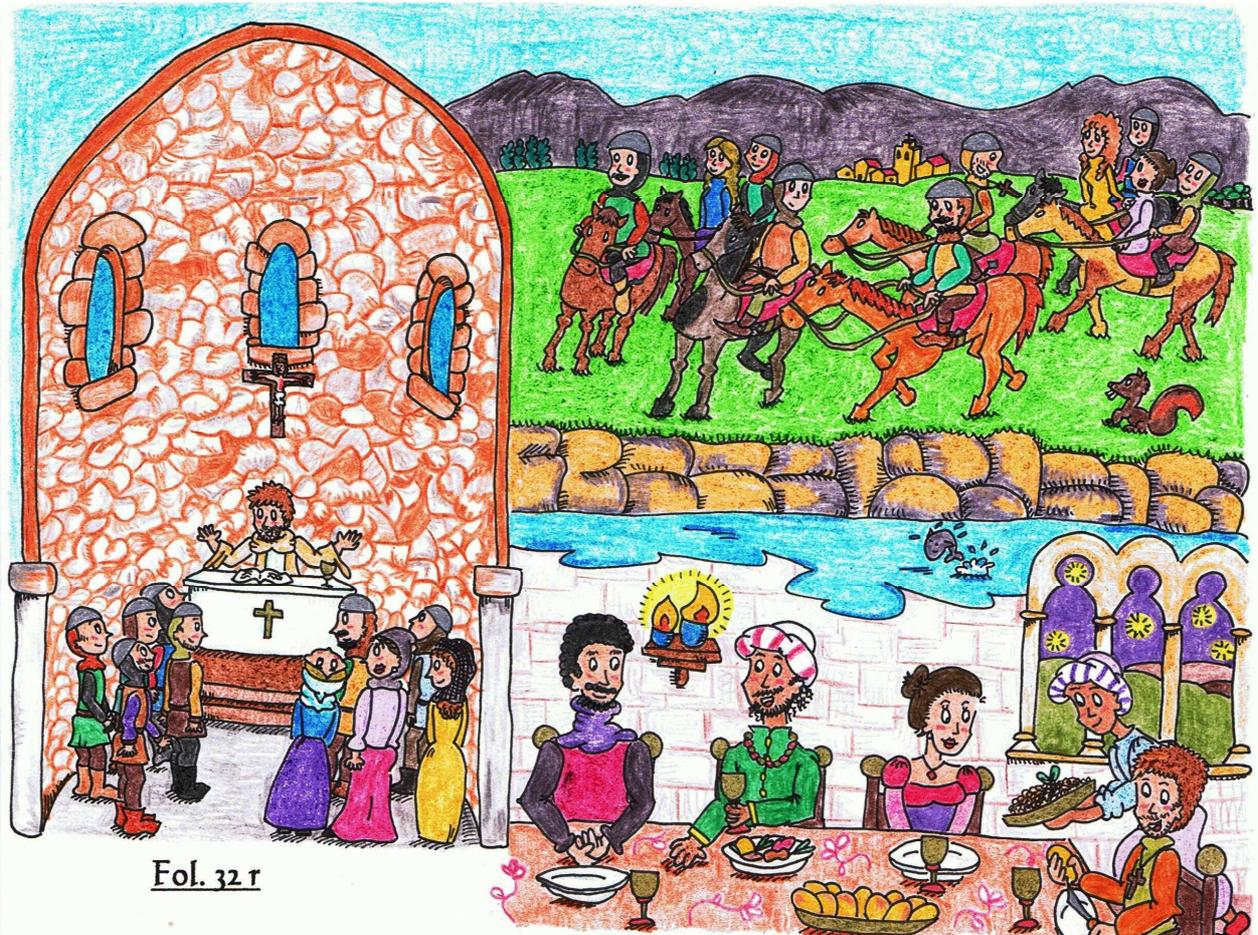
Fol. 31 v

Cuando llegaron las primeras tropas del Campeador desde Medinaceli, celebraron su encuentro con los caballeros de Minaya y todos juntos hicieron juegos de armas.

En seguida llegaron el resto de caballeros que el Cid había mandado, y todos saludaron a Minaya Álbar Fáñez con gran respeto porque traía consigo a la mujer y las hijas del Cid.

Los hombres de Minaya prepararon la cena para todos, y Abengalbón se alegró tanto que prometió devolverle el favor con un regalo aún más grande.





Fol. 32 r

Al día siguiente, los caballeros del Cid fueron a oír misa de buena mañana y después se marcharon de Medinaceli.

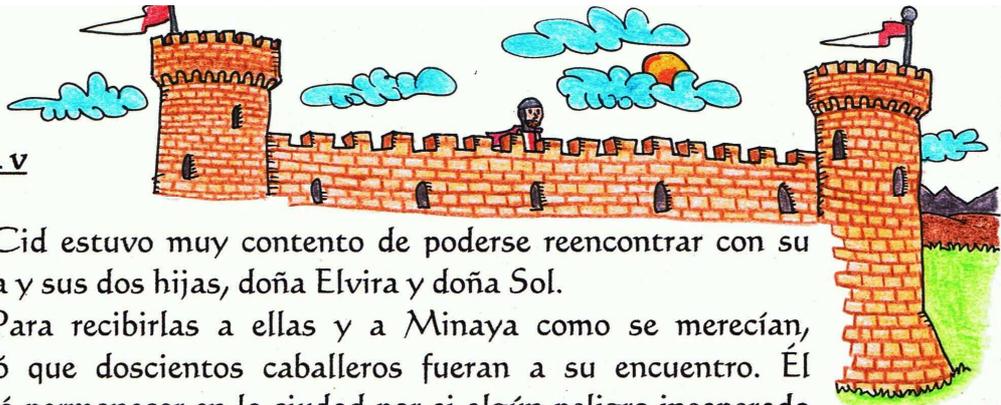
En su camino cruzaron el río Jalón, subieron por Arbujuelo, atravesaron el campo de Toranz y finalmente llegaron a Molina, localidad gobernada por Abengalbón.

El obispo don Jerónimo, excelente cristiano y también buen luchador, era el encargado de velar por la seguridad de las mujeres.

Una vez aposentados en Molina, el moro Abengalbón cumplió su promesa y sirvió a toda la tropa de su amigo Mio Cid tanta comida y bebida como fuese menester, y así devolvió el favor que Minaya les había hecho el día anterior.

Los fieles caballeros no quisieron reposar, y dado que Valencia estaba sólo a tres leguas de Molina, a la mañana siguiente se plantaron en tierras valencianas, donde Mio Cid, el Campeador, les estaba esperando.





Mio Cid estuvo muy contento de poderse reencontrar con su esposa y sus dos hijas, doña Elvira y doña Sol.

Para recibirlas a ellas y a Minaya como se merecían, mandó que doscientos caballeros fueran a su encuentro. Él prefirió permanecer en la ciudad por si algún peligro inesperado amenazaba sus murallas.

Cuando Álvaro Fáñez y sus hombres llegaron a la puerta de la muralla trayendo con ellos a las dueñas que tanto esperaba el Campeador, éste se dirigió hacia allí montado en su flamante caballo, Baviaca.

Mientras tanto, el obispo don Jerónimo se dirigió a la capilla y preparó una ceremonia para celebrar que todo había salido bien.

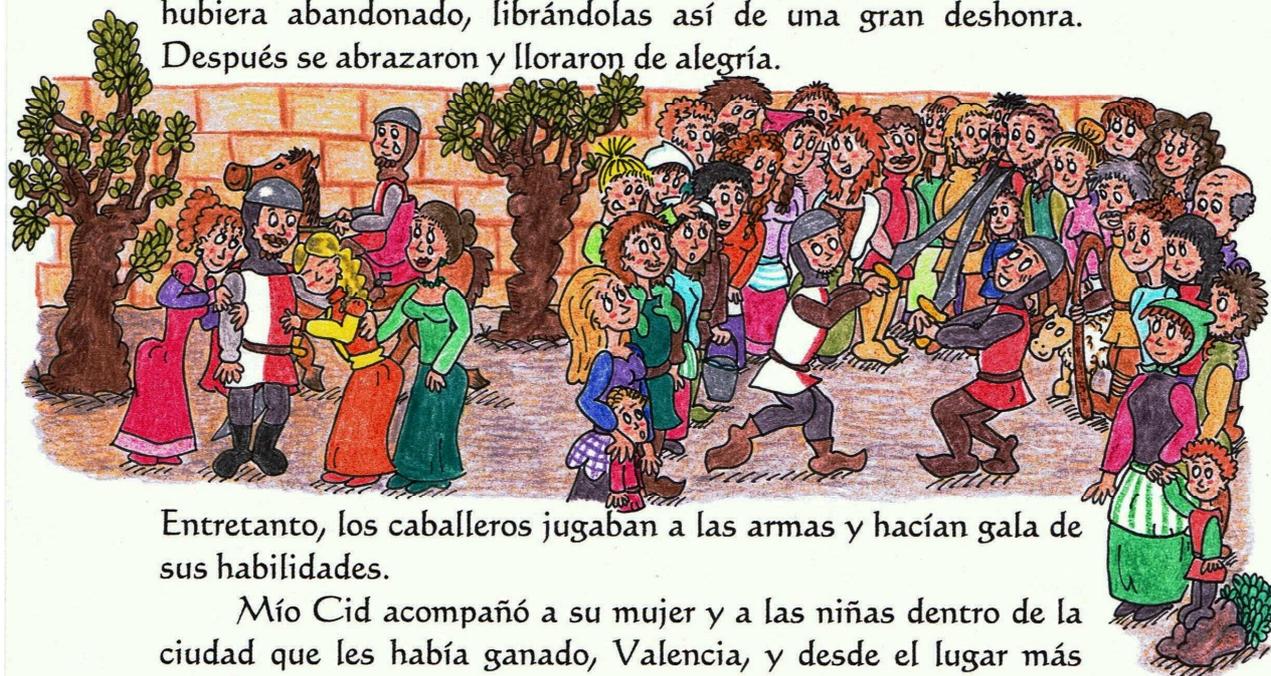




Fol. 33 r

Bavieca hizo una carrera tan extraordinaria que desde ese día fue apreciado en toda España.

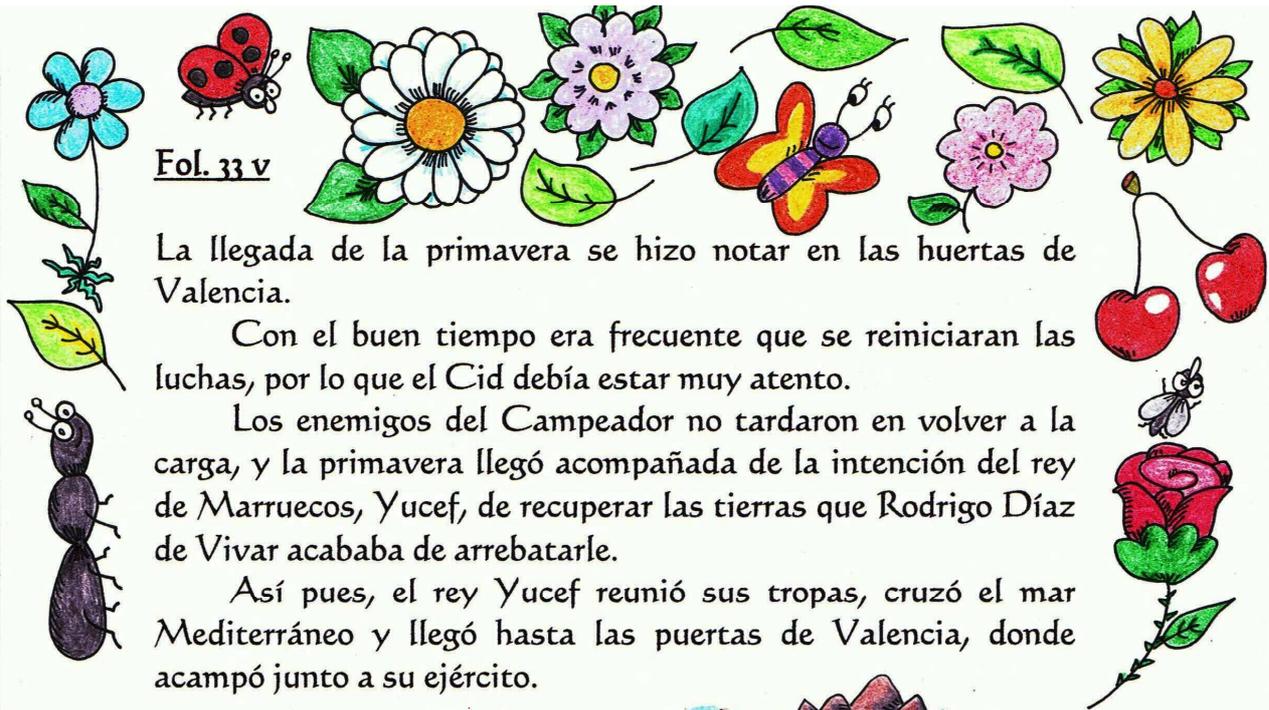
Al llegar ante doña Jimena y sus hijas Mio Cid bajó del caballo y su mujer se echó a sus pies para agradecerle que no las hubiera abandonado, librándolas así de una gran deshonra. Después se abrazaron y lloraron de alegría.



Entretanto, los caballeros jugaban a las armas y hacían gala de sus habilidades.

Mío Cid acompañó a su mujer y a las niñas dentro de la ciudad que les había ganado, Valencia, y desde el lugar más alto del alcázar contemplaron la extensión de las tierras recién conquistadas.





Fol. 33 v

La llegada de la primavera se hizo notar en las huertas de Valencia.

Con el buen tiempo era frecuente que se reiniciaran las luchas, por lo que el Cid debía estar muy atento.

Los enemigos del Campeador no tardaron en volver a la carga, y la primavera llegó acompañada de la intención del rey de Marruecos, Yucef, de recuperar las tierras que Rodrigo Díaz de Vivar acababa de arrebatarle.

Así pues, el rey Yucef reunió sus tropas, cruzó el mar Mediterráneo y llegó hasta las puertas de Valencia, donde acampó junto a su ejército.

